azota los hijares, y bramando
se precipita.... El matador sereno
ágil se esquiva, y el agudo estoque
le esconde hasta la cruz dentro del seno.

Párase el toro, y su bramido espresa
dolor, profunda rabia y agonía.
En vana lucha con la muerte impía,
quiere vengarse aun; pero la fuerza
con la caliente sangre, que derrama
en gruesos borbotones, le abandona,
y entre el dolor frenético y la ira,
vacila, cae, y rebramando espira.

Sin honor el cadáver arrastrado
es en bárbaro triunfo: yertos, flojos,
vagan los fuertes pies, turbios los ojos
en que ha un momento centellar se vía
tal ardimiento, fuerza y energía,
y por el polvo vil huye arrastrado
el cuello, que tal vez bajo el arado
era de alguna rústica familia
útil sostenedor.—En tanto el pueblo
con tumulto alegrísimo celebra
del gladiador estúpido la hazaña.
Espectáculo atroz, mengua de España!

OINA-MORUL,

POEMA DE OSIAN.

ARGUMENTO.

Despues de un exôrdio dirigido á Malvina, refiere Osian *su espedicion á Fuarfed, isla de Escandinavia, la victoria que allí obtuvo, y su generosidad con el rey vencido.*

Como inconstante sol huye ligero
sobre el collado de Larmon herboso,
asi en la noche por mi mente pasan
las historias antiguas. Cuando al sueño
se abandonan los bardos, y las harpas
de Selma en el salon calladas penden,
viene una voz á Osian, y poderosa
despierta su alma. De pasados años
es aquesta la voz: con sus proezas
ellos se desenvuelven á mis ojos:
yo tomo las historias á su paso,
y despues en mi canto las refiero.
No es mi canto cual áspero sonido
de turbio arroyo, sino cual preludio

en melodiosa música de Luta.
Luta de muchas cuerdas, tus peñascos
no yacen yertos en silencio triste
mientras la blanca mano de Malvina
ligerísima corre por el harpa.
Luz de los pensamientos nebulosos
que oscurecen tal vez el alma mia,
hija del gran Toscar, ¿el canto bello
quieres oir? Los años ya pasados
van á retroceder, jóven de Luta.

En el tiempo del rey, (1) cuando adornaba
la rubia juventud mi cabellera,
miraba yo de Concatlin (2) el brillo
del tenebroso mar sobre las ondas.
A la isla de Fuarfed era mi rumbo,
Fuarfed, del mar selvosa moradora.
Enviábame Fingal á dar auxîlio
á Malorchol su rey: en torno suyo
rebramaba la lid, y á nuestros padres
fiel hospitalidad ligado habia.

En Colcoiled mis velas aferrando,
envié mi espada á Malorchol. La seña
conoció de Albïon, y su alegría
visible fué. De su salon soberbio
bajó á mi encuentro, y me tomó la mano,

[1] *Fingal, padre de Osian.*
[2] *Probablemente era la estrella polar.*

diciendo con dolor: »¡Por que ha venido
»el generoso nieto de los héroes
»á un abatido rey? Tontormod, gefe
»de muchas lanzas, de Sardronlo undosa
»es potente señor: amó á mi hija
»la bella Oina-Morul, de blanco seno,
»y me pidió su mano deliciosa;
»mas fueron nuestros padres enemigos,
»y yo se la negué. Desesperado
»vino á Fuarfed, lidiamos, y mi pueblo
»arrollado cedió. ¿Por que ha venido
»el generoso nieto de los héroes
»á un abatido rey?»
»No vengo,» dije,
»como niño á mirar vuestra contienda.
»El gran Fingal á Malorchol no olvida,
»ni su salon al estrangero abierto.
»Él á tu isla selvosa en otros dias
»de las ondas bajó: tu en su presencia
»no fuiste nube de feroz orgullo,
»y le honraste con cánticos y fiestas.
»Por eso voy á levantar la espada,
»y tal vez morirán tus enemigos.
»Aunque tan lejos nuestra tierra yace,
»nunca ingratos y viles olvidamos
»á los amigos que el peligro cerca.»

»Nieto del gran Trenmor, son tus palabras
»cual la voz de Crutloda, poderosa
»moradora del cielo, cuando suena

»entre el rasgar de tempestuosa nube.
»Muchos en mis festines se alegraron,
»mas todos hoy de Malorchol se olvidan.
»Miré á todos los vientos: por ninguno
»ví blanquear una vela... No lo estraño.
»Hoy en lugar de las alegres conchas
»resuena en mi salon el bronco acero.
»Ven, nieto generoso de los héroes,
»ven á mi habitacion, que se aproxîma
»la noche, y tiende su sombroso manto.
»De la doncella de Fuarfed silvestre
»ven á escuchar las plácidas canciones.»

Entramos: en el harpa sonorosa
paseaba Oina-Morul sus albas manos:
su historia melancólica salía
de entre las cuerdas trémulas. En tanto
yo estático en silencio la admiraba,
y ¡como en su beldad resplandecía
la hija de muchas islas! ¡Ay! Sus ojos
eran estrellas que lucir se miran
entre llovizna transparente: al cielo
el navegante mira, las contempla,
y el deleitoso resplandor bendice.

Junto al arroyo de Tormul sonante
fuimos á combatir al otro dia.
Embistió furibundo el enemigo
al resonar su claveteado escudo
el fiero Tontormod: en ambas alas

inflámase la lid; en su conflicto
conmigo choca Tontormod, deshecho
vuela su arnes, y ríndolo, y atado
lo entrego á Malorchol. Grande alegría
en el banquete de Fuarfed resuena
por la rota final del enemigo,
y Tontormod avergonzado, triste,
su torva faz de Oina-Morul aparta.

»Digno hijo de Fingal,» agradecido
prorumpió Malorchol, »de mí olvidado
»no partirás. En tu feliz navío
»luz apacible de beldad esparza
»Oina-Morul, en cuyos tiernos ojos
»la deliciosa languidez respira.
»Ella iluminará con puro gozo
»tu magnánimo espíritu, y en Selma,
»donde moran los reyes, olvidada
»no pasará la vírgen.»
Por la noche
en el salon me recliné: cerraba
mis fatigados párpados el sueño,
cuando música tierna mis oídos
dulce halagó, como naciente brisa,
que los ásperos cardos agitando,
se debilita, y en la yerba muere.
Era la vírgen de Fuarfed, que alzaba
el cántico nocturno: bien sabía
que mi alma noble, como fuente pura,
deslízase á la blanda melodía.

»¿Quien es el que contempla de su roca
»el nebuloso mar?» ella cantaba.
»Ay! su cabello sobre el viento gira,
»como el ala del cuervo; magestoso
»es de sus pasos el dolor: el llanto
»nubla sus ojos, y su fuerte pecho
»sobre doliente corazon palpita.
»Retírate, infeliz: de tí lejana
»véme vagar en ignorada tierra.
»Aunque raza de reyes me circunda,
»el alma tengo tenebrosa y triste.
»¡Oh Tontormod, amor de las doncellas!
»¿por que se aborrecieron nuestros padres?»

—»De la isla undosa dulce voz,» la dije,
»¿por que en la noche solitaria lloras?
»No es de alma negra de Trenmor la estirpe,
»ni vagarás por ignorados rios,
»celeste Oina-Morul, de azules ojos.
»Entre este pecho hay una voz que solo
»desciende á mis oídos, y me ordena
»que dé favor al triste desvalido
»en su hora de penar. Dulce cantora
»de la noche, retírate: en su peña
»no gemirá tu Tontormod amado.»

Por la mañana desaté al caudillo,
y tomando á la vírgen de la mano,
hablé con Malorchol en sus salones.
»Rey de Fuarfed silvestre, ¿por que quieres

»á Tontormod hacer desventurado?
»Su familia es heróica, y de ella digno
»es un rayo en la guerra. Vuestros padres
»enemigos ya fueron; mas ahora
»sus almas anubladas en la muerte
»se regocijan, y á la misma concha
»en Loda tienden sus aéreas manos.
»Olvidad vuestra cólera, guerreros,
»pues pasó como nube de otros años.»

Tal era Osian cuando en su tersa frente
la rubia juventud resplandecía.
Empero entonces la beldad amable
con su radioso manto revestía
á la hija de las islas deliciosa.

Ya del canto al poder, jóven de Luta,
retroceden los años que pasaron.

FRAGMENTOS

TRADUCIDOS DE *OSIAN*.

I.

A LA LUNA.

Hija del cielo, eres hermosa, y dulce
de tu faz el silencio. Te levantas
de amable risa y esplendor vestida.
En el oriente siguen las estrellas
tu azul camino: en tu presencia ¡oh Luna!
se complacen las nubes animadas,
y sus pardos contornos iluminan.
¿Quien en el cielo puede compararse
á tí, luz de la noche silenciosa?
Tristes, avergonzadas las estrellas
separan ya sus ojos centellantes
de tu disco. Mas ¿donde te retiras
cuando la oscuridad de tu semblante
creciendo vá? ¿Salones anchurosos
tienes tú como Osian, ó te circunda
la sombra del dolor? ¿Del alto cielo
cayeron tus hermanas? ¿Ya no exîsten
las que contigo en la callada noche
de tu gozo gozaban? Sí, cayeron,
hermosa luz; por eso tantas veces

te apartas á llorar. Mas ¡ay! tú misma
una noche caerás. Tu azul camino
desierto y triste quedará en el cielo,
y las estrellas, que oscurece ahora
tu beldad superior, en tu caída
se regocijarán, la frente alzando.
Mas hoy aun triunfas de fulgor vestida.
Mira desde tus puertas por el cielo.
Rasga ¡oh viento! la nube, y que su vista
la hija sublime de la noche tienda!
Resplandezcan heridos por su lumbre
los montes, y revuelva el Oceáno
en argentada luz sus blancas olas.

II.

MORAR.

Veloz eras, Morar, bien como ciervo
que en el desierto piérdese; terrible,
cual ígneo metëoro: atroz tormenta
era tu saña, y en la lid tu espada
relámpago funesto parecía.
Era tu voz como torrente hinchado
tras gruesa lluvia: cual profundo trueno,
que retumba en los montes apartados.
A muchos derribó tu brazo fuerte;
los consumió la llama de tu ira.

Mas al volver de la feroz batalla,
¡cuan apacible y pura ví tu frente!
Era tu faz como del sol el disco
tras de la lluvia; cual brillante luna
en el silencio de la calma noche;
tranquila, bella, como el hondo lago,
cuando se acalla el viento estrepitoso.

Es hoy estrecha tu morada; oscuro
el lugar donde habitas. Con tres pasos
mido tu sepultura ¡oh tú, que fuiste
tan grande en otro tiempo! Cuatro piedras,
de pardo musgo en torno coronadas,
son única memoria de tus hechos.
Un árbol desecado, que ya apenas
una hoja tiene solitaria y mústia,
yerba larga, que silva al viento frio,
al cazador señalan el sepulcro
del potente MORAR. ¡MORAR! humilde
yaces hoy, en verdad..! No tienes madre
que te llore, ni vírgen que doliente
vierta llanto de amor en tu sepulcro.

* * * * * * * * * * * *

Adios, oh el mas valiente de los hombres,
vencedor en el campo..! Mas el campo
ya no vé tu valor, ni el bosque umbrío
brillará de repente iluminado
por la vívida lumbre de tu acero.

Ninguna prole dejas; pero el canto
conservará tu nombre, y en sus ecos
lo escucharán los venideros años,
y del muerto MORAR sabrán la historia.

III.

AL SOL.

¡OH tú, que giras por el yermo cielo,
vasto, redondo, bien como el escudo
de mis padres; oh SOL! ¡de donde nacen
tus rayos? ¿Donde, dí, tiene su fuente
tu inagotable luz? Sales vestido
con sublime beldad, y las estrellas
en el cielo se esconden, y la luna
triste, pálida, yerta, se sumerge
de occidente en el mar. Tú solitario
al cielo subes. ¿Quien acompañarte
en tu carrera puede? Las encinas
caen en los montes, y los montes mismos
con el curso incansable de los años
se gastan lentamente: el Oceáno
baja, y sube otra vez: hasta la luna
se pierde á veces en el ancho cielo.
Mas tú por siempre eres el mismo, y siempre
en el fulgor de tu inmortal carrera

te regocijas! Cuando las borrascas
oscurecen al mundo, y en los montes
retumba el trueno pavoroso, y vuela
el vívido relámpago, tú miras
sereno entre las nubes, y te ríes
de la tormenta. Pero en vano miras
al triste Osian, que tus divinos rayos
no verá mas, ya vuele y resplandezca
en la nube oriental tu coma de oro,
ya tiembles en las puertas de occidente.
Mas acaso, cual yo, tan solo existes
por tiempo fijo, y tus brillantes dias
llegarán á su fin. Entre las nubes,
desoyendo la voz de la mañana,
te adormirás.

¡Oh Sol! gózate ahora
en el fulgor sublime y en la fuerza
de tu edad juvenil. Ingrata, oscura
es la vejez, como la luz incierta
que dá la luna entre rasgada nube,
mientras la niebla envuelve los collados.

* * * * * * * * * * * *

EN LA APERTURA

DEL INSTITUTO MEXICANO.

Luce por fin el venturoso dia
que con votos ardientes invocaban
los amantes del bien. Sobrado tiempo
de llanto, luto y de pavor cercada
reinó de Anáhuac en los yermos campos
guerra feroz. La Paz apetecida
ciñe de Libertad el ara santa
con sereno esplendor, y abre Minerva
á nuestra juventud su templo sacro.

Dia de bendicion! ¡Que dulce aurora
vemos lucir de gozo y esperanza!
¡Con que vivo placer miro adunados
los alumnos ilustres de la ciencia
para abrir á los pueblos mejicanos
la fuente del saber! Arde en sus pechos
el patriotismo, la virtud, la fuerza,
el entusiasmo fervido que al hombre
arrebata hácia el bien, y largos frutos
producirá su generoso anelo.
Aquí Naturaleza por do quiera
vírgen, robusta, ostenta de su seno
los tesoros sin fin. Nuestros tiranos
de oro, de sangre y opresion sedientos,
su beldad no preciaban. Mas ahora